

# LA VOZ DE LA CARIDAD



N.º 158.—1.º de Octubre de 1870

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES A....

Los niños del Sr. V. (Sevilla): un suscriptor nuestro paga con esmerada puntualidad y á su cuota añade 20 rs. en nombre de sus hijos, para socorro á nuestros pobres. Si esto es hacer voluntariamente cara una suscripcion barata, bendito sea el que tal sacrificio se impone, y bendita la idea de asociar para esta limosna á sus tiernos hijos. Aunque ellos no sepan el bien que se hace en su nombre, es seguro que de tales padres, saldrán hijos caritativos y buenos. Los 20 rs. han sido entregados á una familia pobre de la misma ciudad de Sevilla. En su nombre damos las gracias al Sr. V.

La Sra. de D. V. P.—El guarda-ropa de los pobres estaba vacío, y V. lo ha surtido con mucha y buena ropa para niños. Que las bendiciones de los que se abrigarán con ella, hagan que el de V. estudie su carrera con verdadero aprovechamiento

## AMOR Á LA CIENCIA Y AMOR Á LA PATRIA.

Criaturas hay sujetas á la prueba ¡prueba terrible! de luchar solas en el combate de la vida, que dan sus ayes al vacío, y beben de sus lágrimas; pero este doloroso misterio es una excepcion rara, y la regla hallar asistencia en el mundo moral como en el mundo físico. Los que sedientos de justicia, de amor, de abnegacion, de altas virtudes, caminan angustiados por regiones que les parecen desiertas, llegan á parajes bendi-



tos, donde se reposan y fortalecen con las auras vivificantes que les envían espíritus elevados y corazones amantes.

A veces los buenos hechos son notorios, y brillan como un faro en la oscuridad; otras ignorados, llegan á nosotros como el perfume de violeta escondida. Así han llegado los de dos hermanos, cuyo mérito, por no ser conocido, no es menos alto.

No temáis que rasgue el velo con que vuestra modestia se oculta, que revele el secreto de vuestra abnegación, ni abra al público ese templo, ignorado, donde á solas tributáis culto tan puro á la ciencia y á la patria. No daré vuestro nombre á los vientos de la publicidad, nada haré para que se conozca ni se adivine; pero permitidme que diga como le habeis honrado, porque es consuelo saberlo para los que se os asemejan, y luchan acá y allá, y se aflijen, y se desalientan acaso creyéndose solos.

X. vive... no importa dónde. Es comerciante, especula, hace negocio, gana. ¿Cómo no está satisfecho? ¿Codicioso quiere tal vez ganar más? No. ¿Pues de dónde le viene esa inquietud de ánimo? ¿Por qué caviloso y ensimismado empieza á ser un enigma para el vulgo? Es que siente su grande espíritu como aprisionado en los estrechos límites que le señala el lucro; es que se ahoga en aquella pesada atmósfera del cálculo mercantil, y necesita dilatados horizontes, espacio infinito, luz esplendente. Una chispa de fuego divino tocó su frente, y ya no puede permanecer inclinada para que sus ojos puedan ver en el suelo algunas monedas: al cielo los levanta pidiéndole ciencia y caridad.

Y no es que olvide sus obligaciones ni desdeñe su material tarea. Ganó el pan para su mujer y sus hijos, y se retira de los negocios; el ser opulento no es una necesidad ni un deber, y sin faltar á ninguno puede escuchar la voz que le dice, *conoce, sabe*. Escucha aquella voz, estudia con ahinco, con pasión, adquiere solo conocimientos que pocos alcanzan en grandes centros intelectuales, é ignorado ó desdeñado en España, la honra por el alto aprecio que hacen de sus trabajos los sábios extranjeros.

Cuando tantos hacen de la ciencia un medio de satisfacer intereses mezquinos, de realizar cálculos culpables ó de conseguir triunfos de amor propio, es hermoso ver á este hombre modesto tributarle un culto tan puro y desinteresado, y en vez de utilizarla como un oficio, practicarla como un sacerdocio.



Z., hermano de X., es comerciante tambien, acaudalado, tiene grandes comodidades y las disfruta.

Se declara la guerra franco-prusiana, y dice: Me voy á la guerra.—¿Es francés acaso? No, pero lo era su padre, y aquella sangre francesa que corre por sus venas, quiere derramarla por Francia atribulada, la Francia donde nació el que le ha dado el ser, y que desde el sepulcro parece que le grita:—Hijo mio, mi buen hijo, pelea por mi patria!!—Y váse y pelea.

Es uno de aquellos voluntarios, pródigos de su vida, sufridores de privaciones y de fatigas, héroes de la derrota, que son mucho más grandes que los de la victoria. Terminada la guerra, vuelve á España, este español que tiene dos patrias para defenderlas y honrarlas. No falta quien le haga justicia en esta tierra; su padre le bendice desde el cielo.

CONCEPCION ARENAL.

Ceares, 16 de Agosto de 1876.

## LOS NIÑOS.

Niño, flor de ricas galas,  
ave de sencillo canto,  
ángel que tiendes tus alas  
para enjugar nuestro llanto!

E. M.

Nada más hermoso, más simpático ni más inocente que los niños. Ellos son la alegría de las casas. Su mirada purifica el alma, su sonrisa disipa las sombras del pensamiento. Su inteligencia, libre de las trabas y errores que muchas veces ofusca la nuestra, va derecha á un objeto y le juzga con un discernimiento que sorprende hasta á las personas estrañas.

El arte ha intentado inmortalizar su primer sonrisa, su primer paso; pero lo que el arte no puede expresar, es la dulzura de su voz, más armoniosa para nuestro corazon que la música y la poesía.

En todas las familias se guardan como tradiciones recuerdos santos é inocentes de esa primera edad. ¡Anales de la casa y del cariño, tan superiores á los de la ambicion y la vanidad como el oro al oropel!

Oir decir á una mujer que no ama á los niños, inspira hor-



ror ó lástima; horror si es por maldad, lástima si es porque los sufrimientos han endurecido su alma. Niños felices, niños que subís al cielo sin saber lo que son penas, ó que cruzais los senderos de la vida sin tropezar ó caer, porque vuestros padres han apartado de ellos las piedras y malezas que los embarazaban.

Adios, yo no escribo hoy para vosotros, porque tengo que llenar un deber de conciencia para con los niños desgraciados. ¡Desgraciados! ¡Qué contraste tan terrible! Toda la angustia de la tierra y toda la inocencia del cielo reunidas en un pequeño sér débil y desamparado.

Hace algun tiempo llamaban particularmente mi atencion dos de estas infelices criaturas. Una de ellas era una hermosa niña, rubia como un angelito, que hacia juegos gimnásticos por las calles, ó bailaba, con un muchacho poco mayor que ella, al son de un destemplado tambor. Cuando hacia una suerte difícil temblaba de miedo, luchando entre el temor presente y el castigo que la esperaba si no trabajaba á gusto del hombre cruel que la sostenia sobre sus hombros ó la despedia en el aire sin cuidarse del peligro. Entonces la pobrecilla, por un esfuerzo violento, lograba sonreír, pero no podia ocultar las lágrimas que empañaban sus azules ojos.

Algun tiempo despues ya trabajaba solo el muchacho. Quizá la niña habia muerto víctima del cansancio, de los malos tratamientos ó de una caída grave, tan ocasionada en aquella carrera desastrosa. Quizá fué arrojada sin pena á la fosa comun, y ¡quién sabe si por una ley providencial habia ido á caer en los brazos de su madre, que en vida no la habria estrechado nunca en ellos, abandonándola al nacer, como tantas otras desdichadas!

Pasó por el mundo llorando para hacer reír á un público estúpido, para ganar el pan de un hombre egoísta y cruel. ¿Era su padre aquel hombre? Y aunque lo fuese, ¿tenia el derecho de exponerla tan bárbaramente?

La otra víctima era un pequeño jorobadito, á quien colocaban el invierno penúltimo junto á la casa número 2 de la calle de Fuencarral. Allí sentado sobre el fango en las noches más lluviosas y frias, rascaba una guitarra sin cuerdas, ó bien con la cabecita doblada sobre las rodillas, permanecia así largos ratos, con la espalda descubierta para que su deformidad llamase la atencion y escitase la caridad. Otro muchacho, tambien pequeño, le vigilaba, y cuando el pobrecito se dormia, abrumado por el cansancio, apoyaba cruelmente su codo sobre



el cuello del jorobadito que despertaba sobresaltado y volvía á implorar limosna de los transeuntes.

Este cuadro horrible y tristísimo era alumbrado por un cabo de vela de sebo, que ardía al lado de los niños. Algunas personas protestaban contra aquella inhumanidad; pero la mayor parte no hacía caso alguno, ó por estar acostumbrados á ver que la gente pobre especula con las desgracias de sus hijos, ó por culpable y egoísta indiferencia.

¿Qué ha sido de aquellas dos criaturas, la víctima y el verdugo? ¿Puede, con aquella vida que llevaban, una de crueldad, otra de martirio, quedar en sus pechos un sentimiento honrado y generoso?

Las sociedades que miran indiferentes estos pequeños seres desventurados, ven más tarde con espanto resultar de entre ellos grandes criminales, que son la deshonra de los países civilizados. Entonces, como no se les puede corregir fácilmente, se los juzga, se los sentencia y se los mata. Hé ahí en ese caso el castigo de la pena de muerte más indebido, más repugnante que en otro caso alguno.

No son los niños mendigos solamente los dignos de compasión, ni los que se crían en una inclusa abandonados por sus desnaturalizadas madres. También en el seno de las familias, al lado de padres honrados y cariñosos, hay niños á quienes valiera más no haber nacido, para quienes la niñez no tiene encanto ni alegrías. Porque hay multitud de personas que creen firmemente que los padres que castigan sin piedad á sus hijos son los que mejor los educan. ¡Qué de dolores, qué de injusticias no trae consigo esta idea errónea! El que tiene un disgusto, ó cualquier motivo que le irrite, maltrata á sus hijos por una niñería que otro día no hubiera fijado su atención, y se queda tranquilo porque se convence de que cumple con un deber de conciencia.

Este sistema, si se puede llamar así, endurece el carácter de los niños, les hace aborrecible la casa y la familia, y es causa de que muchos enfermen, y á veces hasta de su muerte. Pero en casa de los pobres, donde suele haber poco pan y muchos hijos, no se fijan en que se muera uno más ó menos. Los pobres son fatalistas; con decir «Dios lo ha querido,» ya está todo explicado. No, Dios no lo ha querido así, tampoco les ha dado el derecho de matar á sus hijos, como aparentan creer cuando dicen: «Es mi hijo, puedo matarle si quiero.»

La gente que así piensa ha visto estos ejemplos brutales en



su casa, se han criado ellos mismos así, y casi nadie prescinde de lo que ha visto y aprendido cuando niño.

Mi corazón ha sangrado de dolor viendo castigar terriblemente á muchas de estas pequeñas criaturas; á veces he logrado su perdón, otras he sido causa inocente de que el castigo fuese aun mayor. Además, ¿cómo decir á un padre, en presencia de su hijo, que no tiene razón? Esto sería pervertir al niño, porque el que duda de sus palabras está cerca de dudar hasta de Dios.

El único remedio eficaz para evitar estos males, tan funestamente arraigados, es la instrucción. Véase la estadística criminal, véase también el número vergonzoso de mujeres que renuncian al nombre bendito de madres de familia para vivir en el fango y en la deshonra. Casi todos estos infelices son gente de lo más ignorante. Subiendo la escala desde el crimen y el vicio hasta la virtud, el patriotismo y todos los grandes sentimientos, vemos que el estudio es el único medio de civilización y del perfeccionamiento humano, que se enlaza naturalmente con la moral y la religión.

Hasta entonces, pobres niños desgraciados, ángeles inocentes que habeis bajado al mundo solo á sufrir, cuando os maltraten, fijad la vista en el cielo, que en él está la recompensa y el descanso.

EMILIA MIJARES DE REAL.

## EL RAPACIN.

(Conclusion.)

### VIII.

Los años pasan con rapidez para dos clases de personas: las felices y los cronistas. La primera, porque la dicha embriaga y hace olvidar el curso rápido del tiempo: no pertenecemos á esa clase. La segunda, porque el cronista, en virtud de derechos que ellos se toman y nadie les dá, se trasportan y trasportan de repente á sus lectores á épocas lejanas.

Usando, pues, de ese derecho, trasladémonos al año... y á ese mismo puerto de Pajares, donde comenzó nuestra historia del *rapacin* asturiano.



El sol se ocultaba tras de aquellas montañas pintorescas de la Suiza española en una hermosa tarde de verano. Por la carretera descendía rápidamente una silla de posta, en la cual iban un caballero, una señora y una niña.

Aquel modo de hacer en carruaje propio el trozo de camino que separa el ferro-carril leonés del asturiano, y el aspecto de los viajeros y de los dos criados que iban en la zaga del coche, indicaba que era gente rica. El caballero parecía impresionado, cual si viera un país nuevo ó recordase otro conocido del cual hubiese estado ausente mucho tiempo.

De repente se detuvo el carruaje, y el conductor, abriendo la portezuela y quitándose la gorra, dijo:

—Sr. D. Manuel, hemos llegado al sitio en que V. me encargó que parara. Estamos en la *Cruz de los adioses*, que aún se conserva, aunque ya harto deteriorada.

El caballero bajó del carruaje, ayudó á bajar á su mujer y á su hija y se descubrieron ante aquella tosca cruz, orando luego en silencio.

—¿Con que esta es, Manuel, la célebre cruz de que tanto me has hablado?—dijo la señora.

—Sí, Paulina; aquí hice mi despedida del suelo natal: han pasado muchos años y lo recuerdo como si fuera ayer. Pobre *rapacín* abandonado me lanzaba al mundo en busca de trabajo para mantenerme: esas eran entonces todas mis aspiraciones. Aquí tuve ocasion de prestar un pequeño servicio á un pobre ciego y aun recuerdo el fervor con que por ello me bendijo, asegurándome venturas en cambio de aquella sencilla obra de caridad, á la cual yo no habia dado la menor importancia. La prediccion del pobre viejo se ha realizado de una manera que parece increíble: por aquí salí infeliz y pobre y vuelvo venturoso y doblemente millonario, puesto que tú y nuestra pequeña Julieta valeis más que todos mis tesoros.

—Eso mismo,—respondió ella mirando cariñosamente á su marido,—puedo y debo yo decir con relacion á tí.

—Ahora, pues,—continuó D. Manuel,—ya hemos acabado de acumular caudal y es llegado el dia de empezar á emplearlo. Puesto que lo que otros llaman *fortuna* y yo llamo visible *providencia* de Dios, me ha dado lo que yo no merecia y mucho más de lo que necesitaba y deseaba, vamos á cumplir cual personas agradecidas, devolviendo una gran parte de nuestra fortuna á ese mismo Dios en la persona de los pobres paisanos míos.



—Ya sabes,—contestó Paulina enternecida,—cuán dispuesta estoy á ayudarte en esa obra caritativa.

Los viajeros volvieron á subir al carruaje, y continuaron su camino hácia el interior de Asturias, ocupándose en admirar aquellos hermosísimos paisajes y en formar grandes proyectos de empresas benéficas.

## IX.

A los dos meses del regreso de D. Manuel al suelo asturiano, la aldea donde se estableció y toda la comarca de las inmediaciones empezaban á presentar una transformacion admirable.

Haciendo de sus riquezas el mejor uso, no solo socorria á todos los pobres en sus necesidades del momento, sino que ejerciendo una caridad bien entendida, se ocupaban en combatir esas necesidades de un modo permanente por medio del trabajo que produce el bienestar.

Veíase por todo aquel país un gran movimiento de edificaciones: casa para D. Manuel; casas para pobres; edificios para escuelas; reparacion de la iglesia; apertura de un canal para tomar aguas del rio con destino al riego, y hasta se veian los cimientos de una fábrica de hierro para utilizar los minerales que abundan por aquellas montañas.

A esto se agregaban fundaciones benéficas, y entre ellas llamó la atencion por todo el país la noticia de que D. Manuel habia establecido en Madrid una *Casa de amparo* para proteger en todos sentidos á los asturianos, y especialmente á los *rapacines* que forman esa inmigracion que la capital de España recibe constantemente de los hijos pobres que le envían las provincias gallega y asturiana, las cuales piden pan á cambio de trabajo y de inteligencia.

El *rapacin* Manolito, trasformado en el opulento y benéfico D. Manuel, es feliz y difunde la felicidad á todo lo que le rodea. ¿Qué ha producido este gran golpe de fortuna? Causas bien sencillas.

Un espíritu recto y bien intencionado; una inteligencia precoz; un hábito de laboriosidad incansable; una constancia contra los reveses de la fortuna; una prudencia en los goces, y una gran confianza en la bondad y en la justicia divina.

Cuando veamos por las calles y por las tiendas de Madrid esos asturianos robustos y esos *rapacines* despejados é inteli-



gentes, mirémoslos con ojos de simpatía y con deseo de protegerles. Son pobres que vienen, no á mendigar una limosna, sino á ganar una subsistencia honrada á costa de su trabajo y de su inteligencia que á veces es grande y solo necesita ocasiones de desarrollarse. Facilitar ese trabajo y ayudar esa inteligencia, no solo es una acertada obra de caridad, sino que puede ser la base de que se repitan ejemplos como el que ofrece la historia de nuestro *rapacin* Manolito. XI

FAUSTO.

## LA ENVIDIA.

Apenas acabara Dios de crear el mundo, cuando el espíritu del mal, influyendo en el ánimo de la mujer, indújola á desobedecer las órdenes del Hacedor. Y aquella, poco antes, feliz pareja, que Él formara á su imágen y semejanza, atrajo sobre sí y sobre su mísera descendencia, todo ese séquito de males que desde entonces atribulan á la triste humanidad.

Manchado con el pecado de origen nació Cain, y presa su alma de todas las malas pasiones, germinó en ella, descollando entre las demás, como corpulenta encina entre enmarañados chaparrales, la negra envidia, esa enfermedad del alma, que consume á aquellos mismos que la abrigan.

Cain mató á Abel *por envidia* de su virtud, según leemos en los Sagrados Textos. Y hé aquí que la envidia fué la primera pasión que produjo el crimen en su doble manifestación de homicidio y fratricidio.

Si desde aquella época recorremos la historia, la hallaremos llena de *Caines*, que simulando diversos fines y distintas aspiraciones, no han obedecido, en último resultado, en sus abominables crímenes ó en sus horribles intrigas, sino á esa nefasta pasión.

La envidia es de todas las aberraciones de la humana naturaleza, aquella que más daño hace, puesto que sus males alcanzan, no solo á aquellos á quien dirige sus certeros tiros, si que también á los mismos que los disparan. Nuevo Saturno devora á sus propios hijos; y el envidioso lleva siempre impreso en su semblante el sello del aniquilador fuego que devora sus entrañas.



Cuando en el principio de los tiempos, lanzara Dios el terrible anatema fulminado sobre las cabezas de Adán y Eva, prometiéndoles que la mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente. Trascurrieron los siglos, y al sonar la hora de cumplir la solemne promesa, envió al Verbo Divino, de cuya sacrosanta doctrina brotara á torrentes la sublime idea de la Caridad. Que á la manera que el ideal de la mujer, encarnado en la persona de María, vino á matar el pecado, identificado en la de Eva, así también la redención de la Caridad vino á borrar el crimen de la envidia.

.....

Contra envidia caridad... Hé aquí un precepto de la moral de Jesús, y un consejo al mismo tiempo de la sana razón, jamás divorciada de aquella.

En la mayoría de casos; en aquellos en que la envidia, apuntando quizás en un alma, no ha llegado aún á enseñorearse de ella; en aquellos en que el corazón está contaminado, sí, mas no corrompido, es fácil, siguiendo la senda que más arriba hemos enunciado, romper el círculo de hierro á que tan nefanda inclinación arrastra.

Dirigimos, pues, nuestra débil voz, no á los que, desgraciadamente, se hallan ya en el término de la terrible pendiente, que si han de volver al camino del bien, necesitan que les ayuden fuerzas superiores á las nuestras, sino á los que asomando sus cabezas al horrendo abismo, se sienten atraídos por el terrible torbellino.

Achaque es de la humanidad mirar con más frecuencia arriba que abajo. Y no es extraño: el deslumbrador brillo del lujo; el mágico atractivo del poder, fascinan, aturden, y creemos que solo allí puede existir la felicidad. ¡Miseros mortales! ¡Siempre anhelando hallar esa soñada felicidad que aquí no existe!...

Embriagados así con las emanaciones de dicha que nos parece percibir por cima de nosotros, volvemos la vista con horror de los repugnantes cuadros que se nos presentan abajo. Y sin embargo, allí se encuentra la medicina para la dolencia del espíritu de que venimos ocupándonos: la envidia.

Si atormentados por ese gusano torcedor, sentimos su punzante aguijón, en nuestras manos está el remedio: en vez de seguir contemplando los placeres que rodean á los que el mundo califica de hijos de la dicha, volvamos los ojos á los desheredados de la fortuna, y ya en la sala de un hospital, ora en una miserable boardilla, hallaremos ejemplos bastantes, que nos



enseñen, no á envidiar, no á odiar, no á blasfemar, sino á bendecir y amar.

Allí y solo allí aprenderemos á dar gracias á Dios por las mercedes con que nos ha favorecido, en vez de insultarle atrevidamente; allí y solo allí aprenderemos á amar á los hombres como á hermanos, en vez de aborrecerlos como á enemigos; allí y solo allí podrá la santa idea de la Caridad arrancar de nuestros pechos el abominable pecado de la envidia.

ESPERANZA.

---

## SOCIEDADES COOPERATIVAS

### EN INGLATERRA Y EN BÉLGICA.

Quando al tratar la *Question Social* en las «Cartas á un obrero,» le conjurábamos repetidamente á que no recurriese á la fuerza, y le encarecíamos las ventajas de la *asociacion*, procurando hacerle comprender que es cosa muy distinta del *socialismo*; cuando le repetíamos que la emancipacion del proletario ha de ser obra, no de revueltas, motines, ni revoluciones, sino de inteligencia y moralidad, no decíamos nada que no estuviese conforme con los hechos, y que la esperiencia no hubiera de confirmar más y más cada dia; el siguiente artículo tomado de la *Independencia Belga*, es una demostracion elocuente de dónde está la verdadera fuerza del obrero, y los medios de convertirse de *asalariado* en *capitalista*. Que los *verdaderos* amigos del pueblo mediten en estos y otros hechos análogos, y si no quieren que eternamente sea esclavo de autoridades tiránicas y de capitalistas codiciosos, en vez de empujarle á la rebelion, procuren que aprenda y se moralice. Hé aquí el artículo á que nos referimos:

«En su obra *Asociaciones obreras en Inglaterra*, el conde de París, despues de haber recordado las violencias, los crímenes odiosos cometidos en un principio por las *Trades Unions*, decía que la experiencia sola podia enseñar á la poblacion obrera á manejar el instrumento á la vez poderoso y delicado de la asociacion.—El caballo de batalla, añadia, podrá entonces uncirse al arado, y hacer así á la sociedad grandes servicios.—Esta prediccion de hace muy pocos años, está en camino de realizarse. El torrente popular, vuelve poco á poco á su cauce,



le profundiza, le ensancha cada día, y al presente, sin violencia, se organizan, se disciplinan, se trasforman en sociedades cooperativas las *Trades Unions*, no ha mucho tan turbulentas é ingobernables.

»Cuando el conde de París publicaba sus notables estudios, el impulso dado por el prodigioso éxito de los obreros de Rochdale, habia producido ya la formación de 332 sociedades cooperativas, compuestas de 90.000 sócios; poseian un capital de 10.000.000 de pesetas y representaba 50 millones su movimiento mercantil anual.

»Diez años despues, en el de 1874, segun el último informe oficial publicado por el gobierno inglés, el número de sociedades cooperativas no bajaba de 1.378, de las cuales 1.213 se dedicaban á la producción industrial, ó á la venta de objetos de general consumo; las otras, en número de 165, abastecian de primeras materias á diferentes industrias.

»Entre las sociedades de producción, 48 tenían manufacturas, 6 de trabajos agrícolas y explotación de minas, 13 habian creado grandes fábricas de harinas; las otras, eran empresas de transportes terrestres y fluviales, de movimiento de tierras y pintura de edificios; 19 comercian en carbon, 22 en pan y harina, 2 fabrican y suministran diferentes objetos á la marina mercante, 2 son editoras de periódicos, 3 preparan y venden abonos, y en fin, 37 se han constituido para adquirir terrenos y vender los edificios que construyen en ellos los cooperadores.

»Se nota en el documento oficial, que las 1.026 sociedades cooperativas que han remitido al gobierno el balance de sus fondos para el ejercicio del año 1874, se componian en Diciembre del mismo año de 411.252 ó sea 24.958 más que el año anterior. Su capital, que en 1873 era de 89.250.000 pesetas, ascendia en 1874 á 97.600.000.

»Además, las sociedades han tenido á su disposición durante el mismo período, depósitos confiados por terceras personas, por valor de 15 millones de pesetas. Han trabajado, pues, con un capital de 112 millones que les ha permitido elevar á 400 millones próximamente sus operaciones durante el año.

»La ganancia líquida realizada ha sido de 30.650.000 pesetas de las cuales 27.560.000 se han distribuido entre los cooperadores. El resto ha quedado en reserva, escepto 500.000 francos dados como prima á los parroquianos.

A 41 millones de pesetas asciende el valor de los bienes in-



muebles que poseen estas sociedades, y están asegurados hasta el valor de 17.650.000 pesetas, por una compañía de seguros mútuos. Esta, compuesta de elementos sacados de las sociedades cooperativas, cubre igualmente con 800.000 pesetas, las pérdidas que puedan resultar de la infidelidad de los agentes de la contabilidad.

»Todos estos números se refieren exclusivamente á Escocia é Inglaterra, propiamente dicha; el movimiento cooperativo, no ha tomado hasta ahora incremento en Irlanda, mal preparada para semejante evolucion. En 1874, no existia en Irlanda más que una sola sociedad cooperativa de produccion, con el reducido capital de 33.725 pesetas.

»Preciso es reconocer aquí, más que uno de esos movimientos efímeros, que la casualidad favorece momentáneamente, y cuya paralización se puede predecir anticipadamente en una época más ó menos lejana. Poderosas sociedades, con inmensos capitales, compuestas de medio millon de sócios próximamente, cuyos negocios ascienden á cientos de millones, que progresan hace quince años con éxito cada vez mayor, son hechos elocuentes y que no pueden pasar desapercibidos, y por el contrario, permiten entrever, que por la fuerza de las cosas se trasformarán completamente las condiciones de existencia de la industria y del comercio.

»Esta trasformacion, seguramente, no será la obra de un dia; antes que nuestros trabajadores puedan emprender sin temeridad empresas tan aventuradas, es necesario que se preparen con una educacion más apropiada á su nueva situacion; que sus aptitudes, sus conocimientos especiales, se aumenten, que su régimen económico se modifique (1) en términos tales, que cada uno de los futuros cooperadores, esté en estado de contribuir eficazmente, no solo con su persona, sino con su bolsillo, al éxito de las operaciones emprendidas por la sociedad.

»Así es como se procede en un gran número de sociedades cooperativas, formadas últimamente en Inglaterra, donde solo

---

(1) Y que su moralidad aumente aun en mayor proporcion. Sin ella, la experiencia lo demuestra, los grandes salarios producen aumento de vicios en lugar de ahorros, y las asociaciones se convierten en medios de estafar á los asociados. Hay mucha inteligencia en el hecho de prosperar tanto las sociedades cooperativas inglesas, reconozcámosla, pero no olvidemos que hay tambien mucha moralidad. Hay tendencia á prescindir de este elemento imprescindible.—(N. de la R.)



se admiten como miembros activos aquellos que ofrecen verdaderas garantías de moralidad, de capacidad, y que alentrarse apronten una suma de 250 á 500 pesetas. El obrero que ha llegado á economizar una cantidad grande relativamente, es con razon (1) tenido como un hombre ordenado, un trabajador asiduo, á quien se puede asociar confiadamente á una empresa importante. Para que esta prospere, necesita no solo los cooperadores inteligentes y laboriosos, y capitales proporcionados á sus empresas, sino que esté dirigida por un hombre hábil, experimentado, que inspire confianza al obrero, siempre desconfiado, y envidioso de la superioridad relativa de aquellos principalmente que salen de sus filas.

«Tanto vale el negocio, cuanto la direccion,» como dice bien un antiguo refran; y en efecto, se comprueba que el mal éxito de la mayor parte de las empresas humanas ha tenido por causa determinante (2) la ineptitud de los hombres llamados á dirigir las.

»Por lo demás, las sociedades cooperativas, como todas las otras, están expuestas á muchos contratiempos, principalmente en un principio. Antes de llegar al puerto necesitan luchar, y mucho, si han de triunfar de los obstáculos que á cada paso les oponen la rutina, las preocupaciones, y la malevolencia envidiosa.

»Para que el sistema cooperativo tenga buena acogida en nuestro país (Bélgica), es necesario allanarle previamente el camino con algunas tentativas previas de alguna importancia y buen éxito. Entonces la nueva idea se identificará rápidamente con la vida social, é importantes asociaciones se constituirán con la cooperacion de nuestros trabajadores más ilustrados, que discernirán fácilmente el más capaz de dirigir la empresa.

»En Inglaterra, dice á propósito de esto el conde de París, el mecanismo electoral, constantemente practicado en las sociedades cooperativas, pone casi siempre al frente de ellas hombres de mérito, y la clase obrera, en lo general, tiene el buen sentido de escucharlos y seguirlos.»

»Ahora nuestras escuelas y cajas de ahorros preparan eficazmente el nuevo régimen. La revolucion que se opera de una

(1) No siempre. (N. de la R.)

(2) Más visible que determinante en la mayor parte de los casos.

(N. de la R.)



manera latente en el seno de la producción y del cambio, hará su aplicación más necesaria cada día. No hay que hacerse ilusiones: el comercio al por menor, la industria casi en pequeño, están fatalmente destinadas á desaparecer, aplastadas por la concurrencia de empresas colosales armadas con crédito ilimitado y las más formidables máquinas que ha inventado el genio del hombre con el objeto de procurar economía. En la vida industrial, como en el mundo animal, los más fuertes devoran á los más débiles, á menos que estos no se agrupen entre sí para resistir al torrente asolador que amenaza arrastrarlos.

»Las sociedades cooperativas inglesas han comprendido admirablemente la transformación que se verifica en la industria y el comercio. En lugar de proveerse en los establecimientos al por mayor de su país, han establecido relaciones con los centros productivos: tienen agentes en Ultramar que aprovechan las coyunturas favorables para hacer las compras, y obtienen, haciendo grandes pedidos, considerables reducciones de precio.

»Generalizando este procedimiento con ayuda de la experiencia, se pregunta uno, no sin ansiedad, qué será de los establecimientos en pequeño que compran y venden por tercera y cuarta mano. De seguro sus días están contados, y fatalmente sus gerentes se convertirán en comisionistas asalariados, si no forman parte también de los cooperadores asociados.

»En Inglaterra, donde la cooperación extiende por donde quiera su acción benéfica para la masa de los consumidores, esta transformación prosigue de un modo formidable con sus consecuencias disolventes para situaciones hasta aquí mejor afirmadas. No solo los almacenes al por menor se arruinan frente á las agencias generales de las sociedades cooperativas, sino que la clientela de las casas de primer orden se halla muy mermada por la propaganda múltiple, incesante, de los cooperadores, convertidos en agentes activos de la empresa en que han comprometido toda su fortuna.

»En el informe del *Central Cooperative Board* se calcula que el número de individuos interesados por sí mismos y sus familias en estas sociedades, ascendía ya en 1874 á 2.438.515, lo que representa la décima cuarta parte del consumo total de Inglaterra.—Se comprende, añade el documento oficial, que los tenderos ingleses se hayan alarmado ante un movimiento que en tan poco tiempo ha adquirido tanta importancia.

»Las sociedades cooperativas están lejos de haber adquirido en Bélgica la importancia de las del otro lado de la Mancha;



cada año se constituyen, no obstante, en nuestros grandes centros industriales, y el desarrollo de nuestros Bancos populares es rápido; elemento indispensable para poder formar con seguridad sociedades cooperativas de producción y consumo. Contábamos á fines de 1875 veinte Bancos populares, de los cuales los más antiguos, que son los de Liege, Huy y Verviers, cuentan solamente diez años, y apenas dos los últimos. Más de 9.000 socios forman parte de ellos, y su capital asciende á 1.650.000 pesetas. Gracias á la confianza que inspiran, estos establecimientos nacientes han hecho ya inmensos servicios á las clases obreras. Como se verá en la lista adjunta, han puesto á los asociados en situación de procurarse en buenas condiciones primeras materias é instrumentos de trabajo indispensables para su oficio.

»En 1875 se han hecho los anticipos siguientes:

|                             | Pesetas,   |
|-----------------------------|------------|
| Banco popular de Liege..... | 2.510.000  |
| — — de Huy.....             | 235.000    |
| — — de Verviers.....        | 4.028.000  |
| — — de Gand.....            | 664.000    |
| — — de Tournai.....         | 1.006.000  |
| — — de Namur.....           | 2.425.000  |
| — — de Saint-Nicolás.....   | 312.000    |
| — — de Charleroi.....       | 2.220.000  |
| — — de Anvers.....          | 774.000    |
| — — Varios.....             | 555.000    |
| Total.....                  | 14.729.000 |

»Se vé, pues, que nuestros obreros, no ha mucho sin crédito, han podido obtener el anticipo de 15 millones de pesetas próximamente, ya para proporcionarse directamente primeras materias ú objetos de consumo, ya para comprar un poco de terreno y construirse una casa.

(Se continuará.)